

CANTAR DE LA VIDA EN LAS VENDIMIAS
DE JEREZ (*)

RAFAEL LAFFÓN

I

Hoy que llega Pomona de frutos coronada
y Ceres ha enjoyado su tálamo de espigas,
cantemos a la vida, prolífica y sagrada,
en versos que se enlacen cual dos manos amigas.

Ya es madurado el polen que la corola encierra;
Pan resuena en su flauta con hondo y sacro aliento...
Cantemos a la vida sobre el haz de la tierra,
tras el dolor fecundo de todo alumbramiento.

Cantemos a la vida sin la emoción espúrea
de las rosas marchitas y la desilusión.
Toda gracia, la vida —si queréis epicúrea—,
bautizada con una cristiana bendición.

Jerez, en tus vendimias se renovó la euforia.
Sobre tierra albariza —hendida entraña gualda—,
los hombres jubilosos levantan a tu gloria
entre cepas de cruces banderas de esmeraldas.

(*) Curioso original, posiblemente la más remota creación del poeta. Pese a las autoeliminadoras sufridas a través de los años por su obra, subsiste aún en el papel.

Un himno dice el viento sabroso que flamea;
en las bodegas hierven de burbujas los vinos;
el Sol prende en las almas con rubicunda tea
y un eco son tus prosas de los metros latinos.

De yedra coronada yo canto esta armonía,
Jerez de puras cales. Mi destino lo quiso.
Ubre de vides para mi copa de poesía,
para mis ojos gracias helénicas de un friso.

¿Dónde, Jerez, la risa tan jocunda y lejana
del Sileno, durmiente bajo la vid helena?
Jerez, tu vida es una sana moza lozana...
Cantemos, pues, la vida, porque la vida es buena.

II

La musa que se embriaga de sangre victoriosa,
ya os brinda de su plectro el efusivo alarde,
en un vitor sonoro de desnudez hermosa,
sobre la grupa de oro redondo de la tarde.

Alzad la ardiente crátera del vino sin segundo.
El corazón que exulta henchido de esperanza,
consigo ha de llevaros a contemplar el mundo
al través de divinos cristales de bonanza.

Destilan las abejas sus dorados panales;
es blasón de la cumbre nobilísimo el toro;
el zumo de sus frutas ofrecen los frutales
al grande y al pequeño como en la Edad de Oro.

En las cauces campestres de las aguas tranquilas
refrescan los zagales sus desnudos viriles;
y al emerger evocan mármoles sin pupilas,
bellos como los clásicos Discóbolos nubiles.

Guadalete es espuela de plata del Sol rojo,
azúcar, si en racimos, es carne y rubia brasa,
y azul frescura oscura —dulce bien a los ojos—,
el resonante aljibe, Jerez, dentro de casa.

Vendrá el pan de la próspera hispalense besana,
del Aljarafe un bálsamo benigno de olivares,
y en escamadas joyas se os dará gaditana
esa mar que suspira, Jerez, por tus lagares.

Gozo y paz a los hombres. Gloriosa es la fatiga
donde la sangre epónima se encalma y se sosiega
junto al llar oloroso bajo la antigua viga,
o el rumor de penumbras hondas de la bodega.

Y la vida en las urbes. La vida cortesana.
Elegancias. Supremos, claros dones de Atenas.
¡Oh luz de Apolo! —Grecia con Pericles pagana—,
¡Oh «Magna parens»! —Roma de Virgilio y Mecenas.

Y aquella vida plena de Renacimiento...
Amores y aventuras de la farsa italiana,
canciones a la dicha gloriosa del momento,
y fausto portentoso de la corte romana.

La cincelada copa con delicia apuremos
en el ara de todos los más nobles placeres.
Entre las sutilezas del jardín de Academos,
un libro y un amigo, y las sabias mujeres...

Bellos tiempos dorados, divinos tiempos idos...
¡Agua hodierna en las urbes ya es tan solo Pactolo!
Mas vosotros, los claros varones, dadle oídos
al arco resonante del flechador Apolo.

III

Rindamos a la vida antorchas y laureles
y palomas —augurios de fausta profecía—.
Y el racimo en los labios, estallando de mieles,
morded lanzando el grito al Sol de mediodía.

La luz es mar fluyente donde boga el deseo.
El ritmo de las horas a la leva os convida.
Si en la luz os consagra esta vida el trofeo,
os da el ritmo al llevarlo su belleza y medida.

Ritmo y luz. En el alba purpúreos gonfalones,
y en la blonda ribera las salvas de las olas,
y el aliento del viento que los viejos tritones
pusieron en sus líricas, torcidas caracolas.

Ritmo y luz. El destello genial de los cinceles
y de danza y de verso la cadencia acordada.
Ritmo y luz. Las supremas formas de Praxiteles.
Luz y ritmo. Las gestas supremas de la Ilíada.

* * *

El cantar de la vida en las urbes y el campo,
en los mares y cielos, en las artes serenas...
El cantar de la vida en el tonante lampo,
en la fiebre del ala, en el haz de las venas.

El cantar de la vida entonemos sonoro.
¿No escuchasteis? ¡Silencio! Su compás inefable
es el compás de nuestros corazones a coro...
El amor dicta el ritmo del cantar perdurable.